

BABEL

Revista de Arte y Crítica

*Una visión más elevada
del nuevo mundo*

JULIO - AGOSTO 1944

SUMARIO:

<i>Albert Einstein</i>	ALOCUCION A LOS ESTUDIANTES
<i>León Felipe</i>	NO ME CONTEIS MAS CUENTOS
<i>Enrique Espinoza</i>	LA GUERRA Y LOS INTELLECTUALES
<i>Manuel Rojas</i>	ESPAÑA OTRA VEZ
<i>Ernesto Montenegro</i>	INTEGRIDAD DE BALDOMERO LILLO
<i>Baldomero Lillo</i>	CONFERENCIA INEDITA
<i>González Vera</i>	«LA INCOGNITA»
<i>Luque Hidalgo</i>	¿QUE PASA EN LA ARGENTINA?
<i>Natalia Sedova Trotsky</i>	ASI FUE

Santiago 22 *de Chile*

Manuel Rojas

España otra vez

El discurso con que a fines de Mayo último obsequió Mr. Churchill a la democracia antifascista, dejó a ésta con una mano adelante y otra atrás. El premier inglés, que construyó siempre sus discursos de una manera estratégica, evitando dejar en ellos brechas demasiado ostensibles, dejó en aquél unos boquetes por los que habrían podido pasar, con soltura, los cuarenta ladrones con sus cuarenta camellos. Fué como si del flamante traje de etiqueta antifascista de los conductores políticos de la actual guerra, se hubieran desprendido, inesperadamente, grandes parches, dejando al descubierto las partes más sucias y más malolientes de lo que constituye el cuerpo de lo que se ha llamado, pomposamente, "democracia".

La afirmación de que esta guerra es nada más que la guerra de la plutocracia financiera y de la burocracia a base de la dictadura del proletariado contra el cesarismo nacional-socialista, cobra, después de ese discurso, y a expensas de Mr. Churchill y demás "grandes", un desusado aunque lógico crecimiento y evidencia. Los parches caen y la democracia se aleja.

Si hasta el día del discurso de Mr. Churchill, los *grandes* pudieron aparecer ante alguien como campeones del antifascismo universal, después del discurso cualquiera puede ver que no había ni hay tal universalidad. Su antifascismo es un antifascismo local, más que local, de grupo. Si combaten el totalitarismo no es por amor a la democracia o a la libertad; lo combaten porque amenaza a las clases que viven al reparo de ese antifascismo tribal.

"He venido aquí a hablar algunas palabras acerca de España. Permiúdme que a ellas agregue la esperanza de que Es-

pañña ejerza una poderosa influencia pacificadora en el Mediterráneo después de la guerra. Los problemas relacionados con la política interna de España son de incumbencia de los españoles. No tenemos por qué inmiscuirnos en asuntos tales como su gobierno”.

Al premier inglés no le interesan los pueblos: le interesan únicamente los gobiernos, y de entre éstos no aquéllos que sean una garantía para el pueblo que rigen (si es que alguno puede serlo), sino, antes que nada, para Inglaterra aunque no para el pueblo de Inglaterra sino que para su clase gobernante. El actual gobierno español no constituye, por el momento, una amenaza para esa clase; siendo así, “no tenemos por qué inmiscuirnos en asuntos tales...” Mr. Churchill, que está tan informado como el que más, no ignora la situación del pueblo español; pero no es el pueblo español el que a él le interesa o puede interesarle, así como no le interesan ni pueden interesarle los pueblos italiano, polaco, ruso o francés. Los gobiernos primero, señores; los gobiernos ante que nada. “Declaro que no cuentan con mi simpatía aquéllos que creen que es ingenioso o aun gracioso insultar e injuriar al gobierno de España cada vez que se les presenta la ocasión”.

“La Honorable Cámara recordará que la última vez que hablé sobre asuntos extranjeros expresé la opinión de que lo mejor sería que el Rey Víctor Manuel, y *por sobre todo el Mariscal Badooglio*, permanecieran a la cabeza del Ejecutivo de la nación italiana y de sus fuerzas armadas... Tengo plena confianza en este gobierno italiano”.

Pero donde el amor a los gobiernos inofensivos llega a su cúspide, es en el párrafo que el premier inglés dedica a Rusia:

“En Rusia se han operado profundos cambios. La forma trotskista de comunismo ha sido eliminada por completo”.

Con esta frase, y quizá sin quererlo (¿o quizá queriéndolo?), Mr. Churchill dejó en mitad de la calle, en paños menores, a uno de los cuatro grandes. *La forma trotskista de comunismo ha sido eliminado por completo*, es decir: al comunismo le han sido arrancados los dientes; ya es inofensivo.

Este discurso nos hace recordar, por analogías de todo orden, otro, también de un amante de las naciones fuertes, con prescindencia de la situación de los pueblos y de “asuntos tales”.

En su discurso del 31 de Octubre de 1939, el Comisario de Relaciones de la Unión Soviética, camarada Molotov, dijo:

“Hemos sostenido siempre el criterio de que una Alemania fuerte constituye una condición indispensable para una paz sólida en Europa”.

Como se ve, al camarada Molotov no le interesaba, en ese tiempo —seguramente tampoco le interesa ahora—, la situación del pueblo alemán; los fusilamientos de miles de comunistas, la persecución a los judíos, los campos de concentración y el terror permanente, no existían para él: lo importante era una Alemania fuerte, “condición indispensable para una paz sólida en Europa”.

En cuanto al nazismo o hitlerismo, era para él, como para su colega Mr. Churchill el franquismo, algo con lo que se podía o no estar de acuerdo, pero, en todo caso, algo que se relacionaba con la política interna de un país; más aun: algo que pertenecía al dominio de la inteligencia:

“Se puede admitir o rechazar la ideología del hitlerismo; esta es una cuestión de criterio político. Pero cualquier persona comprenderá que no se puede suprimir una ideología por la fuerza, que no se puede acabar con ella por medio de la guerra”.

Los asesinatos de comunistas y de judíos, la agonía de los campos de concentración y el terror permanente (frutos de aquella *ideología*), eran, pues, algo “con lo que se podía o no estar de acuerdo”, una cuestión de criterio político...

De un solo golpe —y así como Mr. Churchill ha desnudado a Stalin— el inefable camarada Molotov vistió a Hitler y al hitlerismo de un flamante ropaje ideológico, elevando a categoría de concepción intelectual el asesinato en masa y el saqueo de naciones enteras (ya los nasis habían engullido Checoslovaquia y destrozado Polonia, ayudados, en este último país, por el ejército rojo, ya que “las nuevas relaciones soviéticas-alemanas descansaban sobre la sólida base de los intereses recíprocos”).

Se ha dicho que esta guerra traerá infinitas sorpresas; no es de dudarlo: sobre las tierras inglesas vuela hoy lo que puede considerarse el fruto más acabado de la criminalidad sin reservas mentales: el avión sin piloto, y en las oficinas del estado mayor de la R. A. F. se puede seguir, a simple vista y sobre un mapa mural, el vuelo de una bandada de aviones sobre el mar o sobre tierra extranjera. Sí, no hay duda, esta guerra ha traído y traerá aun infinitas sorpresas, pero, por muchas o por grandes que sean o lleguen a ser las sorpresas de la técnica, ninguna logrará sobrepasar, en magnitud y profundidad, las sorpresas morales que esta guerra nos ha traído y nos traerá aun: hemos visto cómo, el temor de perder una situación personal o de grupo, ha inducido, a algunos hombres, a arrastrar por el suelo, y ante los pies de bárbaros ensangrentados hasta los ojos, la esperanza de millones de hombres, y a otros, representantes de imperios cuyas flotas parecen rebasar los mares, a hacer zalemas ante reyes y mariscales sin destino y ante dictadorzuelos que han convertido a su país, que antes parecía bastarse a sí mismo, en una dolorosa cuerda de hombres que parecen vivir de la caridad universal; y todo ello conscientemente, con perfecto conocimiento de su histrionismo.

Sabíamos, y lo sabemos hoy mejor que ayer, hasta dónde puede llegar y llega, en algunos seres, en millones de seres, el heroísmo y el amor a la libertad, pero también sabemos, hoy mejor que ayer, cómo ese heroísmo y ese amor a la libertad puede ser burlado por otros seres, por otros pocos seres.